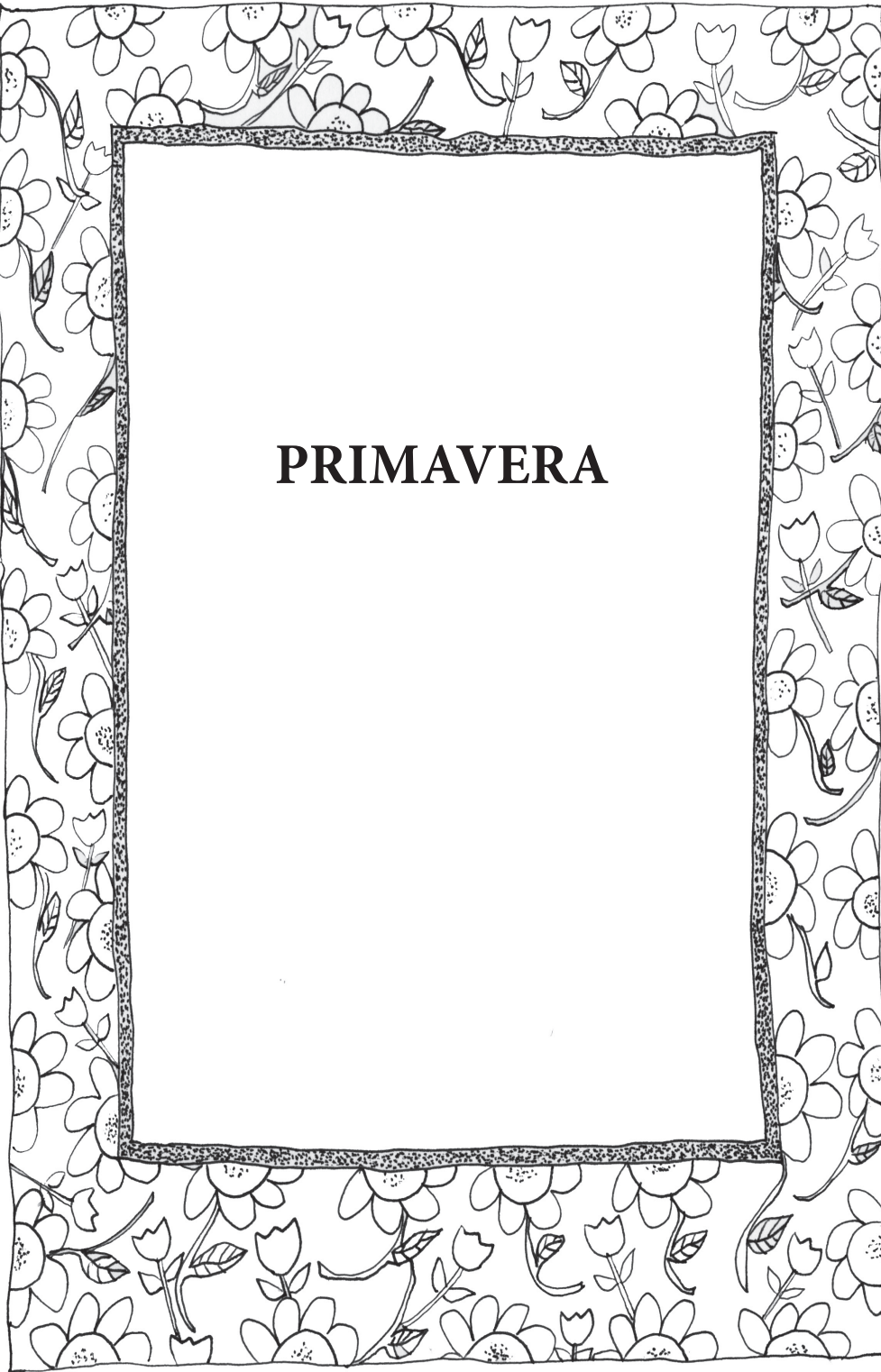




PRIMAVERA



*Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.*

Pablo Neruda
*Veinte poemas de amor
y una canción desesperada*

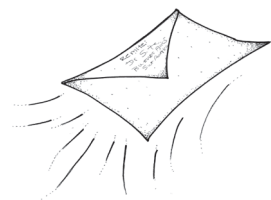
Cuarta habitación: la primavera

En esta habitación, como en un dulce suspiro, la vida nace y re-nace. La he decorado con todos, toditos los colores del universo, los que florecen a mi paso casi a diario. Empachadas de rocío, las minúsculas flores aparecen puras, nítidas, frágiles... Y, entre las sombras de sus hojas nuevas, visten sus colores primaverales en un instante casi eterno. Porque la luz da luz a las flores bellas; la luz da luz a las estrellas, que son también las flores del firmamento. Es que son los astros nuevos, aquellos que aparecen con el primer anuncio de esta estación tan esperada... Por eso siempre, siempre podemos contar con ellas: las flores de allá arriba tan brillantes y etéreas; las flores de acá abajo que con el tiempo se marchitan, nos dejan... Pero cuando estas viven, también «encantan»; y es que en el lapso que les dura esa corta existencia nos brindan tanta alegría... Aunque estemos conscientes de que, en cualquier momento, o en un descuido, se secan, y desaparecen profundas para esconder sus tristezas.

¿Cómo ser como las flores?, me pregunto. ¿Cómo inundar este cuarto y mi corazón de sencillez, de amor, de pureza? ¿Cómo...?



Los vientos del sur



Con la primavera llegaron los cuatro vientos soplando desde sus respectivos puntos cardinales y, con los vientos del sur, llegó una carta de Buenos Aires. Era de un extraño; aseguraba ser un familiar que andaba buscando a mi abuela. «¡Otro impostor malnacido, segurito!», exclamó doña Mili cuando se enteró. Ya habían pasado casi dos años desde el incidente de los «parientes» y mi abuela ya no estaba para aguantarle juegos a nadie. Así que solo tiró la carta a la papelería y no habló más del asunto. Pero ese tal «asunto» parece que sí la afectó, porque mi abuelita no parecía ser la misma. La señora tan alegre que tenía por costumbre cantar sus tangos por las noches y tararearlos durante el día, estaba olvidándose de su música; era como si en la garganta estuviera atragantándosele el empache de otro problema aún más grande que el mismísimo cielo. Por estos días mi abuelita casi ni hablaba, tampoco dormía bien; comía poco y, de hecho, la luz de sus ojos estaba opacándose: ¡Merceditas estaba deprimida!

—¿Qué le pasa a la doñita, pues? Que ay veo que no se me contenta ni con este sol de primavera tan porfiado, que hasta pa' derretir tristezas está rebueno —comentó doña Mili preocupada; de hecho era una excusa perfecta para comerse otro mango.

Yo estaba preparando la jaula para mudar a las gallinitas nuevamente al patiecito de mi abuela, porque para el invierno les habíamos hecho un campito al fondo de la cocina en lo que pasaba el frío. Por cierto, las noches de primavera estaban ahora tan espléndidas que uno podía salir al jardín sin usar chaqueta. Los botones de los tulipanes ya brotando, exuberantes, por todas partes en las jardineras y también los arbustos de lila rebosantes de flores de distintos tonos de morado; incluso las plantas de lavanda estaban repletas de unas florecitas olorosas que perfumaban el jardín de tal manera, que hasta se sentía como si uno estuviera metido en una perfumería muy exclusiva de la Riviera francesa. El riachuelo que tan calladito pasara desapercibido durante el invierno, ahora era una verdadera explosión de gozo y movimiento fugaz. En un solo soplo de brisa húmeda me mojaba toda la cara y el suave rugir de sus aguas me arrullaba de a poco. Algunas tardes me quedaba dormida sobre mis papeles y cuadernos, apoyada en la piedra de mi madre. Entonces me venía un recurrente y dulce sueño, el que tal vez solo una adolescente por cumplir dieciséis años se atrevería a soñar... Un joven muy apuesto llegaba a rescatarme; me besaba en los labios y, por obra de magia o del amor, en los poquísimos segundos que duraba ese encanto de sueño, mi enfermedad se esfumaba para siempre.

Así pasaba mis tardes: soñando... Qué lujo tener detrás de mi casa un paraíso donde no exista el tiempo, pensaba. A pesar de todo me sentía agradecida de mi suerte. Porque, ¿qué haces tú en una tarde como esta? ¿En quién piensas? ¿Por quién

rezas? Escribía, soñaba y escribía otra vez, imaginándome que le hablaba a mi amor inventado.

Esa tarde una brisa esporádica se llevó con ella mi papel. La montaña sabía todo lo observaba sin opinar. De pronto, los vientos del sur se detuvieron, levantando a su paso un remolino colorido de polvo y pétalos de flores. Fue como un sobresalto sobrenatural, como si de repente no supieran exactamente qué rumbo tomar. O, tal vez, estos vientos tan inoportunos solo quisieron devolverme el papel que me pertenecía. Porque este llegó nuevamente a mi lado, como deslizándose lentamente para posarse junto a mí. Pero mis sueños, como los vientos del sur, debían seguir su rumbo, sin detenerse ya...

Por ahora todos nos hemos olvidado de la carta del incógnito ese, el que puso muy intranquila a mi abuela por varios días. Merceditas otra vez parece estar como antes, y es que ya volvió a ser mi abuela alegre de todos los días. Hoy, sábado, piensa tomarse la tarde de descanso y va a ir con una amiga al restaurantito de don Gerardo; tal parece que va a llegar un nuevo guitarrista para tocar durante el *Happy Hour* de cuatro a seis.

—Micaela, ven, mi vida, que necesito que me ayudes a buscar mis zapatos blancos. Con este vestido de flores, tan colorido, ya los zapatos negros no le pegan ni con cola. No quiero dejar esperando más tiempo a Manuel que está afuera en la camioneta.

Mi abuela lucía como un flamante maniquí, porque ni los años ni las penas habían podido alterar su belleza ni su porte

de doncella; la llegada de la nueva estación le había asentado muchísimo este año; también las bendiciones recónditas que se asoman a veces con los vientos del sur. Mejor, mucho mejor si ya ninguna de sus tristezas saliera a la luz, ni siquiera con los brotes de la primavera...

